

Nuevos horizontes de la filosofía ante el auge de la(s) inteligencia(s) artificial(es)

William Orlando Cárdenas-Marín
Universidad Politécnica Salesiana
wcardenas@ups.edu.ec
<https://orcid.org/0000-0003-4696-457X>

La inteligencia artificial (IA) es, sin duda, alguna uno de los temas que al momento recibe mayor atención por parte del público y no es para menos. Esta tecnología repercute —y seguirá haciéndolo— en todas o casi todas las dimensiones de nuestra cotidianidad. En estos dos últimos años, la IA se ha integrado a teléfonos inteligentes, ordenadores personales —que tenemos a nuestro alcance en casa u oficina—, vehículos, instrumentos médicos, herramientas de investigación, entre muchos otros dispositivos, incluso algunos que tal vez jamás nos hubiésemos imaginado como refrigeradores o lavadoras de ropa.

Esa integración en nuestras vidas plantea un panorama cotidiano en el que no es posible eludir esas tecnologías y ante el que tenemos que hacer continuas evaluaciones críticas acerca de los beneficios y posibles riesgos de su presencia. La tecnología es lo suficientemente atractiva y satisfactoria para las tareas cotidianas y se ha integrado en nuestras vidas de manera, relativamente, natural para nosotros; por esto, no podemos pasar por alto que la IA también atravesará esa adaptación, asumiendo que no ha ocurrido aún.

A continuación, desarrollaré algunas ideas en torno a la inteligencia artificial y cómo la filosofía podría decir algo en un mundo en constan-

te cambio. Claro está que la filosofía no es algo que se mueva con vida propia, sino que se hace visible en la figura de quienes la estudian, en el quehacer de aquellos que podríamos llamar filósofos; por esto, pretendo esbozar algunas ideas para la labor filosófica en la era de la IA, ideas que no son definitivas y puede que no resulten del todo novedosas, pero que fortalecerán el argumento en favor de una filosofía que aborde problemas actuales y se relacione con otras ramas del conocimiento.

Abordaremos, en primer lugar, la posibilidad de una inteligencia no biológica, explorando las posturas en torno a la inteligencia y la consciencia, así como los límites conceptuales que han condicionado el debate. Posteriormente, examinaremos el papel de la filosofía en este contexto, destacando su capacidad para generar claridad conceptual, fomentar el pensamiento crítico y contribuir al desarrollo de herramientas como el diseño de *prompts*, entendido como una nueva forma de mayéutica en la interacción con sistemas de IA. Finalmente, veremos que la filosofía, además de articularse con la ciencia y la tecnología, debe retomar su dimensión práctica, orientándose hacia la búsqueda de una vida buena en un entorno donde la IA transforma nuestras formas de existencia y de comprensión del mundo.

La literatura acerca de la IA ha aumentado notablemente en el último par de años. El tema está latente en la mayoría de las disciplinas, permeando los campos de la filosofía e incluso de la educación; podría revisarse, por ejemplo, la guía propuesta por la UNESCO (2021) para la formulación de políticas educativas ante la IA. Las posturas ante estas tecnologías son variadas, difícilmente podríamos decir que el optimismo tecnológico gana al pesimismo, aunque también tenemos a quienes prefieren mantenerse neutrales ante el tema. Si bien en ocasiones podríamos sentir simpatía hacia los optimistas tecnológicos, la realidad arroja datos que debemos analizar. Tal como ha sucedido a lo largo de la historia en los problemas filosóficos, no podemos establecer una postura definitiva que posea la verdad absoluta; por ello, nos queda evaluar los diferentes argumentos para tomar la postura que mejor se adecúe a la realidad hu-

mana y que ocasione el menor impacto negativo o, lo que es igual, que obtenga los mejores beneficios posibles.

Para empezar, consideremos que el concepto de IA no es algo tan nuevo como parece; si bien ha sido noticia casi diaria en tiempo reciente, los planteamientos iniciales de una inteligencia artificial se pueden rastrear hasta los años 50 (Martínez-Freire, 2015; Russell y Nori, 2004). Hablamos de más de setenta años de existencia de un concepto y, luego, un área de investigación con procesos de desarrollo con altibajos. En todo este lapso de desarrollo las nociones de IA han llegado al público por medio de diferentes vías como estudios y desarrollos científicos y tecnológicos para el público académico, pero también por medio de películas, cómics, novelas de ciencia ficción, videojuegos. Desde los inicios del estudio de la IA ha existido controversia, no ha habido una respuesta unánime acerca de su posibilidad, de sus beneficios, de sus riesgos o de sus aplicaciones. Por esto pasemos un momento a desmenuzar la primera pregunta que surge en el público acerca de la IA.

¿Es posible una *inteligencia artificial*?

Esta es la pregunta básica que nos hacemos ante la IA y la respuesta depende del lado de donde provenga. Por un lado, tenemos a los humanistas, quienes niegan la posibilidad de que haya una inteligencia fuera de la humana; por otro, podríamos nombrar a los transhumanistas o a los posthumanistas, para quienes toda capacidad humana puede ser emulada e incluso superada por una máquina o por el mismo humano con modificaciones genéticas o tecnológicas (Diéguez, 2021). Menciono estos tres grupos porque es la división de pensamiento que mayor difusión tiene en la actualidad, no porque sean los únicos (me disculpo si dejo de lado alguna otra forma de comprensión con la que el lector se identifique). No es la idea de este apartado declarar un ganador entre las comprensiones humanista, transhumanista y posthumanista, pero debemos tener algunas consideraciones al debatir sobre las capacidades *puramente humanas*.

A lo largo de la historia hemos tenido múltiples argumentos que tienden a favorecer los atributos del animal humano por encima de las demás criaturas; lo contrario sería extraño, ya que si es el humano quien enuncia los argumentos, difícilmente menoscabará su valía ante otras especies. Esos argumentos en favor del animal humano y en desmedro de los demás seres ha servido de justificación para diferentes abusos; esta analogía la podemos notar, por ejemplo, en la validación de la esclavitud por parte de los poseedores del privilegio de decisión acerca de la condición de humano o animal en otras *razas*, como es el caso de los indios o los negros, bajo el argumento de la posesión o no de un *alma*.

En la actualidad difícilmente entramos en debate acerca de la posesión o de un alma, incluso de un alma en los animales; es más, ni siquiera entramos en debate acerca de la posesión de inteligencia por parte de los animales, debido a la cantidad de estudios que confieren niveles de inteligencia en diferentes especies de animales no humanos (Graziano, 2019; Llinás, 2001), estudios que han llevado, afortunadamente, a la prohibición del abuso de animales en zoológicos y en experimentación en laboratorios de algunos países (Diéguez, 2021). Sin embargo, esta concesión de inteligencia aún se ve limitada, por humanistas un poco más flexibles, a seres de carbono; presumo que esto ocurre por el hecho de coincidir en ciertas raíces biológicas comunes.

Pero cuando se trata de seres de silicio la situación cambia; parece que nuestro límite de concesión llega a aquellas especies que guardan, por lo menos, un mínimo de cercanía a nuestro origen basado en carbono, pero nuestra capacidad de pensamiento no nos permite conferir posibilidad de inteligencia a seres de silicio. Esto no es novedad, Turing (1950) ya cuestionó esta situación en su trabajo acerca de la posibilidad de pensamiento (o inteligencia) en la máquina. ¿Será acaso que nuestra comprensión se ve limitada cuando nos topamos con algo que lleva el apelativo de artificial? Hay una situación bastante interesante en nuestra cotidianidad, una tendencia hacia lo que consideramos *natural*. El concepto de lo natural se encuentra a lo largo y ancho de nuestro día a día,

propaganda que promueve el consumo de lo natural, el llamado hacia un estilo de vida *más natural*, incluso estudios que buscan defender la estabilidad de una naturaleza humana. Pero ¿A qué llamamos natural? ¿Qué es lo natural en el animal humano? Cualquier respuesta apresurada a estas interrogantes podría generar contradicción, por ello es prudente revisarlas un momento.

No pocos estudios a lo largo de la historia han procurado cimentar las bases de lo que podría llamarse *naturaleza humana*¹, pero estos han quedado lejos de ser definitivos y, más bien, han levantado controversia; es más, existen argumentos bastante radicales que contradicen varios de esos argumentos (Diéguez, 2021). Ante la defensa de un humano natural podríamos preguntar: ¿natural en qué época? No es lo mismo el animal humano natural del año 5000 a. C. que el del año 2024 y, si no queremos abrir una brecha tan amplia en el tiempo, no es lo mismo el ser humano natural en el año 2024 que el que lo fue en el año 1924. Ha habido modificaciones en su forma de ver el mundo, en las posibilidades de entender su realidad, en la tecnología que emplea, en sus modos de relación con los demás. Cuando tomamos perspectiva parece que esa noción de *naturaleza humana* alcanza un estatus más cercano al absurdo que al nivel *esencial* que se le intenta atribuir.

Solo demos un vistazo a nuestra vida diaria, nos guarecemos en una casa o departamento con cuatro paredes, empleamos cocinas para la cocción de nuestros alimentos, guardamos esos mismos alimentos en refrigeradores y los calentamos en microondas, usamos ropa de diferentes modelos y marcas, nos bañamos en duchas de agua caliente, nos avocamos al ocio con televisores conectados a internet y que funcionan con energía eléctrica; todo esto ¿es lo natural a lo que nos referimos? Si aun así defendemos una inmutabilidad de lo natural humano, entonces pareciera que estiramos la sábana para que el concepto ampare cualquier cosa que el animal humano haga, por el simple hecho de ser humano.

1 Ver Hobbes, 2008; Hume, 1984; Leibniz, 1983.

Pero la situación cambia cuando se trata de conferir atributos humanos a seres de silicio. Si lo artificial en inteligencia nos incomoda, ¿un cambio de concepto facilitaría la concesión de inteligencia a organismos que no sean de carbono? En la búsqueda de realizar una mejor distinción en el concepto de inteligencia, se va haciendo común dejar de lado el concepto de lo artificial —en gran parte por las contradicciones inherentes al concepto que vimos antes— para dar paso a la adecuación conceptual de inteligencias biológicas e inteligencias no biológicas. Es claro que este cambio en la forma de nombrar la inteligencia de organismos de silicio no elimina por completo el debate acerca de su posibilidad, pero el simple hecho de eliminar del medio el término *artificial* lima varias asperezas y contradicciones propias de las confusiones del lenguaje.

Luego de este cambio conceptual, aún no hemos dado respuesta a la pregunta de este apartado que, reacomodada, diría: ¿es posible una inteligencia no biológica? Esto depende del marco conceptual en el que nos desenvolvamos. Hablar de inteligencia solo a nivel biológico resulta amplio y para nada cerrado, ahora imaginemos llevar esos debates al campo de lo no biológico, ¿nos metemos en un gran lío! Pero si hacemos una reducción hasta dar con lo más básico que podríamos considerar como inteligencia, entendiéndola como el proceso de ingreso de información, planteamiento del problema, revisión de la información en función de la resolución del problema, obtención de la respuesta para el problema planteado²; entonces, ya contamos con modelos de inteligencia no biológica que satisfacen con poca complicación estos requisitos.

Es obvio que no podemos ser muy optimistas con los modelos de inteligencia no biológica con los que contamos al momento ya que, como varios críticos han puntualizado, sus funciones de resolución de problemas se enfocan en tareas bastante limitadas y repetitivas, como jugar al ajedrez o modelar grandes cantidades de lenguaje —Large Lan-

2 Ver Newell y Simon, 1972; Kahneman, 2011; Marr, 1982; Minsky, 1986; Dewey, 1910; Popper, 1963.

guage Models o LLM³—, pero no debemos olvidar que el avance de la tecnología se da a una velocidad mucho más acelerada que la evolución de los organismos biológicos (Kurzweil, 2007), así que no nos debería sorprender la ampliación de las limitaciones de las inteligencias no biológicas dentro de unos años.

Los temores y críticas a la IA en muchas ocasiones versan sobre la posibilidad de que esta adquiera consciencia propia. Este temor ha crecido, en parte, debido a los mundos postapocalípticos planteados por Hollywood en no pocas películas. Cuestionemos por un momento la posibilidad de consciencia en organismos no biológicos.

¿Inteligencia implica consciencia?

Tengamos en cuenta que el término acerca del que trataremos no es *conciencia* sin *s*, que hace referencia a juicios morales o la distinción de bien o mal; sino, *consciencia* que, por decirlo de la forma más simple, refiere a procesos de atención —en inglés resulta más clara la distinción de las palabras *conscience* y *consciousness*—, aunque esta definición se ha visto ampliada por diferentes autores. El tema de la consciencia ha sido trabajado de forma extensa por filósofos y científicos y, si queremos entrar a comprender el debate, podríamos partir de las comprensiones del dualismo, materialismo o incluso el pansiquismo⁴ y en cada una de estas comprensiones podemos encontrar argumentos en pro y en contra de la posibilidad de consciencia en organismos no biológicos, pero de momento no es nuestro interés profundizar en cada una de ellas. Otra distinción que debemos considerar es que inteligencia no implica consciencia; algunos autores plantean la posibilidad de organismos inteligentes que no necesariamente poseen consciencia (Graziano, 2019; Seth, 2021), en este último grupo alcanzamos una mejor comprensión de las inteligencias no biológicas.

3 Ver Dennett, 2006; Martínez-Freire, 2015; Seth, 2021.

4 Ver Dennett, 2006; Denton, 2009; Goff, 2019; Graziano, 2019; Martínez-Freire, 2015; Seth, 2021.

Dadas las diversas comprensiones del término consciencia es evidente el dilema al que nos enfrentamos cuando hablamos de IA. Tenemos a quienes plantean la posibilidad del desarrollo de consciencia a nivel no biológico, mientras existe otro bloque de expertos, que no son pocos, quienes niegan la posibilidad de consciencia en la máquina. No dejemos de lado a los optimistas tecnológicos que postulan la posibilidad de fusión humano-máquina a través de la transferencia de consciencia, entre quienes tenemos como principal promotor a Kurzweil (2007).

Si algo queda claro en esta discusión acerca de inteligencia y consciencia es que no hay una respuesta absoluta, sino múltiples posibilidades de abordaje de la temática. Así mismo, debemos tener claro que, como apreciamos en la historia humana, los avances tecnológicos no esperan a que lleguemos a consensos acerca de su desarrollo, peor aún esperan a que haya una visión unánime acerca de sus usos; pareciese que las humanidades —y me atrevería a decir que también las ciencias sociales— han quedado al margen de esos avances, convirtiéndose en recolectores de los restos que el avance de la ciencia y la tecnología dejan a su paso. Lo anterior nos da una bofetada acerca del rol de las humanidades en el mundo contemporáneo, nos da la sensación de que ya no tienen qué decir y sólo se les permite ser comentaristas del juego científico y tecnológico que se está desarrollando sin ellas, sólo espectadoras, pero nunca partícipes, porque han perdido toda capacidad de incidencia en un entorno copado por teorías científicas y lenguaje técnico.

¿Qué le queda a la filosofía?

Cuando escucho a colegas de filosofía hablar sobre el rol de ésta en el mundo contemporáneo noto la idea de que la filosofía debe tener un puesto privilegiado en este *per se*, como si hubiese en ella un halo sagrado o de grandeza *esencial* hacia la que todos están en la obligación de hacer referencia por el simple hecho de existir o, tal vez, por ser *la madre de todas las ciencias*. Creo que esta forma de pensar es la que ha llevado, en muchos espacios académicos a nivel mundial, a que la filoso-

fía no sea tomada en cuenta más que como una serie de asignaturas que deben revisarse en algunos colegios y universidades porque los jóvenes requieren *formación humanista*, únicamente presentes para rellenar una malla académica —asignaturas que a la primera oportunidad se podrían sustituir por algo de mayor *valor académico*—.

Si consideramos a la filosofía en el sentido al que hago referencia en el párrafo anterior, es más que válida la sentencia de muerte a la filosofía que declararon Hawking y Mlodinow (2010), porque es evidente que en muchos aspectos ha perdido su capacidad de respuesta a los problemas contemporáneos, por sumirse en tradiciones que la tienen desfasada en nuestra época.

Crisis de la filosofía enciclopédica o historicista

Quienes hemos tenido clases de filosofía alguna vez en el colegio recordaremos que la forma en que recibimos *clases* de filosofía fue a través de algún recorrido histórico o enciclopédico. Recuerdo un poco de mis clases de filosofía en el colegio (en cuarto y quinto curso) y lo que viene a mi memoria es únicamente haber escuchado al profesor hablar de Platón y Aristóteles, también recuerdo las consultas que nos enviaba a realizar acerca de estos dos pensadores. No será raro decir que la filosofía no permeó en absoluto las fibras de mi existencia en ese entonces.

Cualquiera podría pensar que por haberse tratado de una filosofía a nivel de colegio entonces el docente debía seguir un currículo rígido organizado por un organismo rector de la educación, entonces escapaban de sus manos los contenidos que debía impartir; pero, si avanzamos hasta el nivel universitario la realidad no es diferente. A nivel de universidad aún encontramos catedráticos que consideran que la filosofía se *enseña* como un recorrido histórico a través de las vidas, obras y lo que dijo cada pensador a lo largo de aproximadamente 2 500 años. Esto transforma la filosofía en una repetición *al pie de la letra* de esos contenidos, como si hacer filosofía se tratase de memorizar todo lo que filósofos anteriores han pensado, una filosofía de la repetición y de la memoria.

Cuando menciono ideas de este tipo en alguna charla o conferencia algunos colegas reaccionan de forma un tanto adversa, tal vez atento contra el canon filosófico o contra alguna tradición autosostenida entre quienes continúan defendiendo esa forma de *dictar clases* de filosofía, o me estoy enfrentando a la *filosofía perenne*. En defensa de mi argumento, considero importante aclarar que no estoy en contra de los clásicos, aunque a veces pudiese usar de manera un tanto jocosa la frase *dejemos que Aristóteles descanse en paz*. Acepto que existe una amplia riqueza conceptual filosófica que no podemos darnos el lujo de descartar, mucho menos menospreciar o pretender que de nada ha servido; mi punto se centra en la forma en que hemos encerrado el quehacer filosófico, ya no *hacemos* filosofía, parece que únicamente *aprendemos* o *memorizamos* lo que los filósofos han dicho. Cuando profundizamos en el pensamiento, en la obra, de un pensador captamos casi de inmediato que su mundo conceptual se esboza alrededor de un problema, su intención es dar respuesta a un problema filosófico y esto es lo que hemos perdido con la creencia de que la filosofía se hace desde la memoria, el historicismo y de manera enciclopédica.

El primer horizonte que nos plantea el mundo contemporáneo en la era de la IA es enfocarnos en los problemas actuales, los problemas que aquejan al humano hoy. Desde ese punto de partida, emplear nuestra capacidad de reflexión y el contenido filosófico de larga tradición permitiría explorar alternativas a estos problemas. Pensemos por un momento lo absurdo que sería empezar un curso IA con la pregunta: ¿qué diría Aristóteles acerca de la IA? La entrada obvia, dependiendo del enfoque que tenga ese curso, sería abordar las problemáticas que salen a la luz a partir de la IA y, desde ese punto, empezar el abordaje con teorías que podrían llegar hasta pensadores antiguos, siempre que ayuden a dilucidar de mejor manera la comprensión del problema.

Lo anterior nos lleva a otra situación, pareciera que la filosofía se ha cerrado en sí misma. A pesar del golpe al ego filosófico que nos pueda causar, debemos aceptar que, desde la modernidad con la ramificación

de diversas disciplinas científicas, estas han solventado mucho mejor los problemas del mundo natural que lo que la filosofía podría haber hecho (Hawking y Mlodinow, 2010), me refiero aquí a la filosofía especulativa, que habla mucho, pero que dice poco. En la actualidad es indudable que la ciencia ha tomado la posta en la explicación del mundo y, también, son los científicos los que se han convertido en una especie de nuevos humanistas, considerando la comprensión de la tercera cultura que hizo Brockman (2007) en su libro que lleva un nombre similar.

Tenemos hoy muchos ejemplos de científicos que llegan a preguntas filosóficas a partir de las diversas áreas como la psicología científica (Pinker, 1995), biología (Dawkins, 1976; Maturana y Varela, 2003), informática (Minsky, 2007), neurología (Dehaene, 2011; Ramachandran, 2008), entre muchas otras. Entonces, ¿los filósofos ya no son necesarios? Esta pregunta me lleva a formular otra: ¿a qué filósofo hacemos referencia? Si nos referimos a los filósofos que consideran la filosofía como un recorrido histórico, memorístico o enciclopédico, me inclinaría por la respuesta negativa, porque no habría discusión, solo repetición. En cambio, si nos referimos al filósofo que se enfrenta a los problemas contemporáneos desde una comprensión crítica y emplea la tradición filosófica para buscar alternativas de respuesta, entonces mi posición cambiaría, ese filósofo es el que requerimos en el contexto actual.

Lo anterior implica que el filósofo se interne en el diálogo con las diferentes ciencias. Necesitamos una filosofía que reflexione los problemas actuales en línea con los postulados científicos, no únicamente desde una perspectiva externa, porque eso nos transformaría nuevamente en especuladores del conocimiento, sino desde dentro de diferentes campos del conocimiento. Mi idea podría chocar con los filósofos que piensan que existe una pureza en la filosofía que les impide entrar en relación con otros dominios, para esos filósofos *puros* el único camino sería cerrarse a lo abstracto o inmaterial, casi a un nivel dogmático. Propongo, por el contrario, la formación de filósofos *impuros*, filósofos que programen sistemas informáticos, que estudien biología, que experimenten en laboratorios de

física, que formen parte de comités de bioética, una generación de filósofos que dialoguen con la ciencia con conocimiento de causa y no únicamente desde fuera, desde la especulación o desde la superficialidad. Por cierto, mi propuesta no es novedosa en el sentido en que ya existen, y han existido, este tipo de filósofos; son los que han ayudado a que las preguntas filosóficas sigan vigentes en diversos espacios y momentos históricos.

El horizonte que he abordado puede alterar algunas susceptibilidades, pero creo que es hacia donde debería dirigirse nuestra atención desde la filosofía si anhelamos que se mantenga vigente. Ahora bien, como he mencionado, no es mi afán oponerme a los clásicos, porque considero que hay valor en la tradición, pero ese valor se hará notable en la medida en que podamos emplear esas filosofías para el análisis de los problemas contemporáneos. A continuación, postularé unos cuantos ejemplos en los que puede hacerse discusión filosófica actual.

El *prompt* como nueva mayéutica

De Sócrates recordamos casi de inmediato en primer lugar su frase *sólo sé que no se nada*; en un segundo momento, su método basado en preguntas, la mayéutica. Pero hace unas líneas atrás realicé una crítica al historicismo ¿Por qué recurrir a un filósofo antiguo ahora? Porque el método de este filósofo nos ayudará a comprender una realidad muy actual frente a la IA, el *prompt*.

La mayéutica socrática, a breves rasgos, es una metodología basada en preguntas que guiaba al interlocutor a descubrir la respuesta *por su propia cuenta*. Consistía en un ir y venir de preguntas y respuestas con la finalidad de aumentar el conocimiento a partir de las respuestas dadas por el mismo interlocutor, causando la percepción de que éste es quien tenía en sí mismo la respuesta a su duda. Esta metodología nos ha llegado a través de los famosos diálogos platónicos en los que Sócrates entra en escena.

A simple vista pareciese que el filósofo simplemente lanza preguntas conforme va fluyendo la conversación, pero nada más opuesto a la

realidad. El arte de la mayéutica consiste, precisamente, en el dominio de un campo del conocimiento por parte del filósofo, quien con su práctica conoce con bastante determinación cómo guiar al interlocutor hacia la respuesta que desea obtener. Podríamos decir que este arte se basa en hacer la pregunta adecuada, en el momento preciso, en la forma correcta. Más adelante en la historia tuvimos otros pensadores que recalcaron la importancia de la pregunta filosófica, como Popper (1979), para quien el valor de la filosofía no se contempla en la respuesta, sino en la pregunta que se realiza. También, en ciencia ficción podemos ver el valor de la pregunta, en la película *Yo, robot* (2004), basada en las historias de robots de Isaac Asimov, en varias escenas cuando el detective dialoga con el holograma del fallecido científico, el primero realiza series de preguntas a las que la máquina responde: “Lo siento, mis respuestas son limitadas, debes hacer las preguntas adecuadas...”, pero cuando estructura de mejor manera su pregunta ya no recibe un mensaje como los anteriores, simplemente le dice: “Esa, detective, es la pregunta correcta...”.

Ahora revisemos por un momento la noción de *prompt* que ha ganado rápida acogida en los últimos dos años en el auge de la IA. Un *prompt* es, en pocas palabras, una cadena ordenada de comandos que permiten al usuario de una IA obtener la respuesta a un problema. Esto parece algo sencillo, pero en una red con millones de datos una ligera diferencia en el comando puede marcar una gran diferencia en el resultado obtenido. Esto ya lo vivíamos de alguna manera en los motores de búsqueda por internet, por ello la necesidad de conocer ciertos conectores booleanos para facilitar los resultados de búsqueda.

Ante esta situación, cuando nos movemos en el mundo de grandes datos, se hace necesario el dominio del planteamiento de *prompts*; lo que explica la gran cantidad de ofertas de cursos de formación en diseño de *prompts*. Al hacer una búsqueda rápida de estas propuestas de formación encontramos lo siguiente: la plataforma *Coursera* nos ofrece, hoy en día, 1708 propuestas, en *Platzi* encontramos 68 resultados y en *Udemy* tenemos la desbordante cantidad de 5079 cursos. La curiosidad me llevó a buscar

la existencia de alguna oferta relacionada con mayéutica y no puedo decir que me sorprendieron los resultados: en *Coursera* encontré 1 curso y en *Udemy* 8 cursos, en *Platzi* ni siquiera se menciona el término.

Lejos de lamentarnos por la poca importancia que se da al concepto mayéutica, esta situación nos da luces hacia los nuevos espacios de acción de la filosofía, campos donde la pregunta retoma su importancia no únicamente en el diálogo con interlocutores humanos, sino en la resolución de problemas con el apoyo de inteligencias no biológicas. Este es un ámbito bastante llamativo al que podríamos prestar atención, pero que requiere que demos mayor valor a una poderosa herramienta filosófica que en algunos espacios académicos del campo de las humanidades, sobre todo en Latinoamérica, se ha dejado de lado: la lógica.

A breves rasgos, lógica es la herramienta (filosófica en primera instancia) que nos ayuda a distinguir el argumento correcto del incorrecto.⁵ La ventaja que tenemos desde la filosofía es que la lógica puede ayudarnos como puente entre filosofía y ciencia, así como entre filosofía y tecnología. Haré aquí un breve paréntesis, la lógica a la que hago referencia es a la simbólica o matemática, que en su evolución ha potenciado el desarrollo de la lógica informática. No me refiero a la lógica silogística, formal o aristotélica que aún se sigue enseñando en colegios y universidades como un camino clásico, pero que de poco o nada sirve para entender los nuevos lenguajes de la ciencia y la tecnología (no dudo que quienes siguen haciendo énfasis en esa lógica son los mismos que ven a la filosofía desde el historicismo).

Si tenemos la lógica a la mano, nos resultaría mucho más práctico involucrarnos en el mundo de las nuevas tecnologías y, por ende, adentrarnos en el diseño de *prompts*, todo esto sin dejar de lado el pensamiento crítico que caracteriza a la filosofía. Veo aquí una riqueza de reflexión al entender la mayéutica y al desarrollar *prompts* a partir del pensamiento filosófico, estoy convencido de que las reflexiones que saldrían de ahí ge-

5 Ver Copi y Cohen, 2014; Gamut, 2002; Suppes y Hill, 1988.

nerarían diálogos interdisciplinarios y propuestas mucho más actualizadas para la comprensión del animal humano en el mundo contemporáneo.

Tenemos que traer de regreso la lógica a los espacios formativos en el área de las humanidades —hago esta aclaración porque en ámbitos de ingenierías y tecnología esta es punto de partida obligado—; no porque esta tenga un puesto privilegiado por sí misma, si defendiendo esto nada me diferenciaría de los colegas de filosofía hacia los que hice referencia párrafos atrás, sino porque es evidente que proporciona al filósofo las herramientas necesarias para estructurar adecuadamente sus ideas y también lo conecta con otros campos disciplinarios. Lo anterior abre ámbitos de reflexión y evita que nos cerremos al diálogo internista en filosofía; es decir, filósofos que leen únicamente a otros filósofos, dialogan solo con ellos y escriben para ellos. Creo que de esta manera la filosofía podría tener espacios donde sea escuchada, no porque se lo *merezca*, sino porque enuncia cosas con sentido y que responden a los problemas que el humano actual se plantea.

El poder del pensamiento crítico

Luego de lo abordado en el apartado anterior quedan ciertas ideas que podríamos profundizar por separado, ideas que involucran al pensamiento crítico. Este es un término tan recurrente, pero a la vez tan ambiguo, en gran parte por la gran cantidad de literatura en la que se dan indicaciones para su desarrollo. No diré que toda esa literatura está errada (aunque sí tenemos que ser selectivos al momento de escogerla), pero considero que debemos hacer una depuración conceptual para entender la base de lo que podemos denominar pensamiento crítico.

Para explicar mejor las aclaraciones que realizaré, partiré de una anécdota. Hace unos pocos años tuve la oportunidad (más bien fue una disposición, pero oportunidad suena más sutil) de desarrollar una asignatura en la institución donde colaboro, esta llevaba por nombre *Pensamiento Crítico*. Cuando revisé los contenidos que posiblemente se debían

abordar estos no terminaron de convencerme, en gran parte porque he desempeñado por algunos años la cátedra de lógica, además mi formación es filosófica. Opté por centrar la asignatura en dos pilares: en un primer momento lógica formal, específicamente lógica simbólica y, en un segundo momento, la lógica informal, en la que se revisen falacias y sesgos del pensamiento. Sentí cierta satisfacción en la forma en que quedó diseñada la asignatura, pero muchos colegas no pensaron igual y generó (y sigue generando hasta la actualidad) cierta controversia. Acontece que el programa que diseñé debía ser impartido por diferentes catedráticos en todos los programas académicos de la institución; la crítica recurrente que he recibido por ese programa ha sido del tipo: “¡Eso no es pensamiento crítico!”, de donde me empecé a preguntar: ¿qué entenderán por pensamiento crítico muchas personas?, no únicamente mis colegas.

En secuencia con la crítica en mención, suelen mencionar frases como: “¡La lógica no es la única forma de pensamiento crítico, también existen otras formas como el pensamiento creativo!” y no estoy en total desacuerdo con esto, pero, a mi forma de ver y no únicamente mía, muchos autores tienen una comprensión similar. Existe una base para el desarrollo del pensamiento crítico y esa base no es otra que la lógica formal e informal (Pinker, 2021; Talbot, 2017). Considero pertinente un trabajo de claridad conceptual.

La palabra *crítica* es entendida de muchas maneras, pero lo más preciso es entenderla como sinónimo de análisis, en filosofía tenemos la conocida crítica kantiana (Kant, 2004; 2007) que nos ubica en la comprensión del término. Si hablamos de pensamiento crítico, entonces estamos haciendo referencia a enfocar nuestras facultades intelectuales en analizar una situación, un problema, un argumento o lo que deseemos comprender. Es por esto por lo que el inicio en el desarrollo del pensamiento crítico no puede ser otro que la lógica formal, que proporciona estructura al pensamiento y al lenguaje, así como la lógica informal, que nos ayuda a protegernos de los engaños del lenguaje cotidiano bajo la figura de falacias y sesgos. Luego, cuando tenemos una base sólida sobre la cual cimentar

nuestro análisis, podemos dar cabida a cualquier pensamiento creativo, emotivo, actos imaginativos, entre otros.

Ahora bien, ¿por qué menciono al pensamiento crítico dentro de los nuevos horizontes de la filosofía? Porque la filosofía, desde sus inicios, constituye la base de desarrollo del pensamiento crítico y hoy más que nunca la crítica se hace necesaria para el abordaje de los problemas del humano contemporáneo en su relación con el entorno. Cuando hablamos del uso adecuado de la IA usualmente recurrimos a decir que debemos fortalecer el pensamiento crítico ante esta herramienta, pero ¿cómo podríamos fortalecer el pensamiento crítico si ni siquiera tenemos clara su distinción?

Si consideramos la lógica formal e informal la base del pensamiento crítico, ampliamos las posibilidades de reflexión que podemos tener ante el auge de las IA, porque podremos evaluar de mejor manera diferentes situaciones, a la vez que esa misma lógica nos servirá de herramienta para conectar con lenguajes científicos y tecnológicos, como vimos en el apartado anterior.

Filosofía y claridad conceptual

Este apartado es clave porque detalla la labor que, realizada desde el inicio de esta argumentación, la aclaración de conceptos. Quisiera recalcar que en ningún momento consideraré a la filosofía como la reducción de los problemas a un orden lingüístico como dieron a entender los filósofos del lenguaje y que varios autores criticaron posteriormente (Popper, 1979); pero es una realidad que muchos problemas de comprensión, sobre todo cuando trabajamos con diferentes disciplinas, se deben a la falta de una aclaración conceptual previa.

¿A qué nos referimos con claridad conceptual? Es el proceso de depuración de un concepto, de un término, con la finalidad de entenderlo con la mayor objetividad posible. Fue que hicimos al aclarar conceptos como inteligencia, consciencia o pensamiento crítico, una indagación que permita comunicarnos en términos aceptados en un mismo sentido por

todos los interlocutores. La crítica aquí puede ser que no todos nos vamos a poner de acuerdo en los significados para un término, pero no es una generalización hacia todo el mundo, sino para las personas involucradas en una discusión específica, es la definición clara de un término en una trama argumentativa, como la definición de variables en un programa informático.

Con el avance de la ciencia y la tecnología ha existido una explosión de nueva terminología que, en muchas ocasiones, sobrepasa las posibilidades de retención y comprensión del público; por esto la aclaración conceptual es necesaria, porque facilita el diálogo entre partes, caso contrario nos ahogaríamos en un mundo de términos y comprensiones subjetivas, lo que generaría más debate por la falta de acuerdo en el significado del término antes que por las implicaciones de tal o cual problema en nuestro entorno.

La claridad conceptual conecta con los puntos anteriores como uno de los horizontes de la filosofía porque nos llama a entender los términos en los que se mueven las nuevas tendencias en IA, es nuestro mecanismo para adentrarnos en otros campos disciplinarios y analizarlos sin el riesgo de cometer falacias, sino entendiendo a qué hace referencia lo que se dice en determinado campo del conocimiento.

Filosofía para la buena vida

La pregunta por la posibilidad de una inteligencia no biológica que tenga consciencia y que pueda hacer cosas que el humano pensó por mucho tiempo que únicamente él podía, nos deja con una especie de sin sentido. Imagino que, en parte, es por esta razón que buscamos defender a capa y espada que el humano es el único que puede realizar esos procesos racionales y cognitivos en sentido estricto, el resto no es más que una imitación *barata* de la grandeza del ser humano.

Pero, ¿por qué no tomar otra postura? Parece que a nada nos lleva esa defensa enardecida de la imposibilidad de un organismo no biológico para ejecutar acciones que pensábamos propias de los organismos bioló-

gicos. Entonces, ¿por qué seguir aferrados a eso? Una postura diferente podría ser volver la vista hacia nosotros, a esas especificidades que como humanos dejamos de lado cuando nos centramos en pesar que lo que nos fundamenta como especie es nuestra extrema productividad, nuestra capacidad racional *superior* a las demás especies, la capacidad —o al menos el deseo— de tener todo bajo control.

Parece que la llegada de la IA nos desestabiliza porque cambia el sentido de lo que pensábamos que nos fundamentaba, nos coloca una suerte de espejo en el que vemos que en lo que nos creíamos únicos en realidad podía replicarse fuera de nosotros. Es claro que existen muchos otros factores relacionados con la IA que generan tensión como son el futuro de los trabajos, el aumento de la desigualdad social, entre otros, pero por la línea del argumento no extenderé mi análisis a esos temas.

Ante esta inestabilidad generada por un mundo tecnológico que nos sobrepasa es conveniente hacer una revisión hacia nosotros y dar otro rumbo a preguntas del tipo: ¿por qué esa máquina no se compara con el ser humano?, ¿qué es lo que hace que yo sea humano? Considero que el espejo que nos pone la IA nos ayudará en gran medida para esta revisión de fundamentos. La búsqueda por entender lo que hace se seamos humanos no es reciente, apareció en los inicios de la filosofía con preguntas básicas como *¿quién soy?* Y la cantidad de respuestas ha sido tan amplia y variada como la cantidad de filósofos y líneas del pensamiento que hemos tenido a lo largo de la historia. Entonces, *¿es otro camino sin salida?* No necesariamente. Recordemos que la versatilidad y valor de la filosofía radica en que no es una ciencia y no es algo cerrado, sino que se abre a todas las dimensiones en que el humano se desarrolla, es por esto por lo que otro de los horizontes de la filosofía contemporánea es cuestionar al individuo para que éste realice revisión constante acerca de lo que es, una actualización constante de las preguntas *¿quién soy?*, *¿de dónde vengo?* y *¿hacia dónde me dirijo?*

El auge de la IA constituye una invitación a pensarnos como especie y como individuo. Aquí entra el trabajo de la filosofía en sentido

práctico, porque es un campo para el que la ciencia y la tecnología no tiene respuesta más allá de lo que nos pueda decir acerca de nuestro funcionamiento biológico. La pregunta filosófica no es sólo pregunta por cómo mi organismo funciona, sino, también, pregunta por el sentido de mi existencia individual ante tantas otras existencias individuales biológicas y no biológicas.

Desde la antigüedad podemos ver que la filosofía además de la búsqueda de la comprensión del funcionamiento del universo, también se estructura como la búsqueda de la vida buena para el animal humano en relación con su entorno. La filosofía no solo pretende conocer el entorno, sino que permite transitar por esta vida de la forma más armoniosa en la que podamos; por esto, considero relevante retomar, además del diálogo con otras disciplinas científicas y tecnológicas, el rol de la filosofía que acompaña la búsqueda de sentido por parte de los individuos.

Existen varios caminos filosóficos para la búsqueda de una vida armoniosa, algunos pueden seguir la lectura y práctica del pensamiento clásico como el estoicismo, epicureísmo, la práctica de las virtudes en sentido aristotélico, entre otros (Pigliucci, 2018). Hay quienes encuentran un camino en la meditación (en sentido filosófico) acerca de la existencia y las acciones que ejecutan en su vida cotidiana; otros pueden encontrar el camino en la consultoría filosófica (Guerra Bravo *et al.*, 2007), donde un profesional de la filosofía dialoga con nosotros para acompañar el desenredo de problemas existenciales empleando herramientas filosóficas (como la claridad conceptual que revisamos antes).

Existen muchos espacios para el desarrollo de la filosofía en la era de la IA, estos espacios constituyen horizontes hacia donde podríamos apuntar si queremos que la labor filosófica no se pierda en la historia y, más bien, se reivindique como un espacio desde el que podemos dialogar con la ciencia y la tecnología y, a la vez, responder las preguntas humanas que siguen siendo tan vigentes como antaño. Comprendo que he pasado por alto muchos otros espacios en los que la filosofía puede desarrollarse actualmente ante los avances del mundo, pero el objetivo

de mi argumentación es plantear unas cuantas nociones que sin duda se seguirán expandiendo, bien sea para coincidir con estas ideas, así como para contraargumentar, pero de la mejor forma en que podemos, haciendo filosofía desde los problemas con los que nos encontramos hoy.

Referencias bibliográficas

- Brockman, J. (Ed.). (2007). *El nuevo humanismo y las fronteras de la ciencia*. Kairós.
- Copi, I. y Cohen, C. (2014). *Introducción a la lógica*. Limusa.
- Dawkins, R. (1976). *The selfish gene*. Oxford University Press.
- Dehaene, S. (2011). *The number sense: How the mind creates mathematics*. Oxford University Press.
- Dennett, D. (2006). *Dulces sueños. Obstáculos filosóficos para una ciencia de la conciencia*. Katz.
- Denton, D. (2009). *El despertar de la consciencia. La neurociencia de las emociones primarias*. Paidós.
- Dewey, J. (1910). *How we think*. D.C. Heath & Co.
- Diéguez, A. (2021). *Cuerpos Inadecuados. El desafío transhumanista a la filosofía*. Herder.
- GAMUT, L. T. F. (2002). *Introducción a la lógica*. Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Goff, P. (2019). *Galileo's error. Foundations for a new science of consciousness*. Pantheon Books.
- Graziano, M. (2019). *Rethinking consciousness. A scientific theory of subjective experience*. W.W. Norton & Company.
- Guerra Bravo, S., Chacón Padilla, G., Montalvo Zumárraga, A. y Villamarín Carrascal, M. (2007). *El arte de vivir con sentido. Manual de consultoría filosófica latinoamericana*. Abya Yala.
- Hawking, S. y Mlodinow, L. (2010). *El gran diseño*. Crítica.
- Hobbes, T. (2008). *Human nature and De corpore politico* (J. Gaskin, Ed.). Oxford University Press.
- Hume, D. (1984). *Tratado de la naturaleza humana* (F. Duque, Ed.). Orbis.
- Kahneman, D. (2011). *Thinking, fast and slow*. Farrar, Straus and Giroux.
- Kant, I. (2004). *Crítica de la razón pura*. Tecnos.
- Kant, I. (2007). *Critique of Judgement*. Oxford University Press.
- Kurzweil, R. (2007). La singularidad. En J. Brockman (Ed.), *El nuevo humanismo y las fronteras de la ciencia* (pp. 271-290). Kairós.

- Leibniz, G. (1983). *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano* (J. Echeverría Ezponda, Ed.). Editora Nacional.
- Llinás, R. (2001). *I of the vortex. From neurons to self*. The MIT Press.
- Marr, D. (1982). *Vision: A computational investigation into the human representation and processing of visual information*. W. H. Freeman.
- Martínez-Freire, P. (2015). *La nueva filosofía de la mente*. Gedisa.
- Maturana, H. y Varela, F. (2003). *El árbol del conocimiento*. Lumen.
- Minsky, M. (2007). ¿Qué vendrá después de las mentes? En J. Brockman (Ed.), *El nuevo humanismo y las fronteras de la ciencia* (pp. 251-270). Kairós.
- Minsky, M. (1986). *The society of mind*. Simon & Schuster.
- Newell, A. y Simon, H. A. (1972). *Human problem solving*. Prentice-Hall.
- Pigliucci, M. (2018). *Cómo ser un estoico. Utilizar la filosofía antigua para vivir una vida moderna*. Ariel.
- Pinker, S. (2021). *Racionalidad. Qué es, por qué escasea y cómo promoverla*. Paidós.
- Pinker, S. (1995). *The language instinct. The new science of language and mind*. Harper Perennial.
- Popper, K. (1979). Cómo veo la filosofía. En C. Bontempo y J. Odell (Eds.), *La lechuza de minerva ¿Qué es filosofía?* (pp. 57-72). Cátedra.
- Popper, K. R. (1963). *Conjectures and refutations: The growth of scientific knowledge*. Routledge & Kegan Paul.
- Proyas, A. (2004). *Yo, robot (I, Robot)* [Video recording]. 20th Century Fox.
- Ramachandran, V. S. (2008). *Los laberintos del cerebro*. Libros La Liebre De Marzo.
- Russell, S. y Norvig, P. (2004). *Inteligencia artificial. Un enfoque moderno*. Pearson.
- Seth, A. (2021). *Being you. A new science of consciousness*. Dutton.
- Suppes, P. y Hill, S. (1988). *Primer curso de lógica matemática*. Editorial Reverté Colombiana.
- Talbot, M. (2017). *Critical reasoning. Romp Through the Foothills of Logic for Complete Beginners*. Metafore.
- Turing, A. (1950). Computing machinery and intelligence. *Mind*, 59(236), 433-460.
- UNESCO. (2021). *Inteligencia artificial y educación. Guía para las personas a cargo de formular políticas*. UNESCO.